

Club de lectura Sepúlveda

Diario de un killer sentimental seguido de Yacaré



LUIS SEPÚLVEDA (Ovalle, Chile, 1949). Escritor, periodista y cineasta chileno. Su padre, José Sepúlveda, dueño de un restaurante y su madre, Irma Calfucura, una enfermera de origen mapuche.

Creció en el barrio San Miguel de Santiago y estudió en el Instituto Nacional, donde comenzó a escribir inspirado por una profesora de Historia. Posteriormente ingresó la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile de la que se tituló como director. Años más tarde hizo una licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la Universidad de

Heidelberg, Alemania.

En 1973 trabajaba en el Departamento Cultural del gobierno de Salvador Allende, y tras el golpe militar de 1973, fue encarcelado más de dos años, y gracias a la mediación de Amnistía Internacional, fue puesto en libertad condicional. Fue nuevamente detenido, siendo condenado esta vez a cadena perpetua, pero tras una nueva intervención de Amnistía Internacional, marchó al exilio, estando en varios lugares hasta asentarse en Quito, en donde dirigió una compañía de teatro, y participó en una expedición de la UNESCO para estudiar el impacto ambiental de la colonización en los indígenas Shuar. Más tarde se enroló en la Brigada Internacional Simón Bolívar con la que partió a Nicaragua para participar en la Revolución Sandinista.

Después, marchó a Alemania, trabajando como periodista, y como corresponsal en países de América Latina y África. De 1982 a 1987, estuvo embarcado en un buque de Greenpeace, organización en la que después ha trabajado como coordinador. Vive en Gijón, España.

Es autor de varias novelas entre las que destacan Un viejo que leía novelas de amor e Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar siendo un claro exponente del llamado realismo mágico. Sus relatos y cuentos suelen ser abundantes en temas ecológicos y autobiográficos. Sus obras han sido traducidas a muchos idiomas y desde 1976 en que ganó el Premio Gabriela Mistral de Poesía le han sido concedidos numerosos premios siendo el último el Premio Chiara a la Carrera Literaria (Italia) en 1994.

Escritores en primera persona: <https://youtu.be/t1XSsRdEKQM>

Extractados de Diario de un killer sentimental

1 - Un mal día

...

Un profesional vive solo. Para aliviar el cuerpo, el mundo le ofrece un montón de putas. Siempre había respetado a rajatabla esa consigna misógina. Siempre. Hasta que la conocí.

Fue en un café del Boulevard Saint-Michel. Todas las mesas estaban ocupadas y ella me preguntó si podía tomar un café en la mía. Iba cargada con una pila de libros que dejó en el suelo; pidió un café y un vaso de agua, cogió uno de los libros y empezó a señalar frases con un rotulador. Yo seguí con lo que hacía antes de que llegara: repasar el programa hípico.

De pronto me interrumpió pidiéndome fuego. Alargué la mano con el encendedor y ella la aprisionó entre las suyas. Quería guerra la nenita. Hay mujeres que saben comunicar sus ganas de follar sin decir palabra.

«¿Cuántos años tienes?», le pregunté.

«Veinticuatro», respondió con una boca pequeña y roja.

«Yo tengo cuarenta y dos», le confesé mirando sus ojos de almendra.

«Eres un hombre joven», mintió con toda la calentura que emanaba de sus gestos al fumar, al ordenarse el cabello, que tenía el color de las castañas maduras y la textura fina y suave del agua deslizándose sobre las rocas cubiertas de musgo.

«¿Quieres comer antes o después de follar?», dije al tiempo que llamaba al camarero para pedir la cuenta.

«Cómeme y fóllame en el orden que quieras», respondió aferrada a sus libros.

Salimos del café y nos metimos en el primer hotel que encontramos. No recordaba haber estado con una chica tan inexperta; no sabía nada, pero tenía ganas de aprender. Y aprendió, tanto que violé la regla elemental de la soledad y me transformé en un killer con pareja.

...

2 - Encuentro en Estambul

...

Asán perdió el equilibrio y se enredó los pies en el dobladillo de su chilaba.

Mientras él caía hacia delante, logré quitarle el arma. Ignoraba si estaba cargada, pero no tenía tiempo de comprobarlo. El asunto era salir de allí, y, una vez más, había que pensar rápido.

—Cálmese. No podrá salir del bazar con una escopeta en las manos. Le ruego que disculpe los malos modales de Asán; por mi parte, le propongo un diálogo cortés —dijo el ceremonioso.

Y ésas fueron sus últimas palabras, porque de pronto su cabeza cayó hacia delante como si hubiera recibido una coz y todo él fue a parar de bruces sobre un montón de alfombras. Me volví. Entonces vi a mi encargo armado de un treinta y ocho con silenciador envuelto en un periódico.

También le había volado los sesos al impaciente Asán, que había caído muy cerca de su compañero.

—Sígueme, pinche pendejo —ordenó, y le hice caso recordando el momento en que vi por primera vez su rostro en una fotografía y supe que nuestros caminos habrían de cruzarse, para bien o para mal.

...

3 - El ángel exterminador se presenta

...

Antes de cumplir con un encargo procuro dormir mucho, y la mejor forma de hacerlo es evitando los sueños, esos territorios a los que se nos conduce a nuestro pesar. Un colega irlandés me enseñó un truco para eliminarlos: hay que pensar intensamente en un inmenso paño verde que va cubriendo todo lo que hayamos visto hasta el momento de cerrar los ojos. «Yoga del asesino», lo llamaba el irlandés, y siempre me había funcionado, pero, en el avión, la condenada imagen de mi minón francés perforó la tela verde y emergió de ella, fresca, excitante, como recién salida de una laguna.

Ella me llevó de la mano un día de otoño por los jardines del Luxemburgo y me peló castañas calientes compradas a la salida de la estación de metro Gobelins. Más tarde, acarició mi pecho con movimientos involuntarios tras la fatiga de los orgasmos bien coordinados, me dio de beber de su boca caliente sorbitos de Sancerre frío y escribió con la lengua frases de amor en el espejo. En una playa de Puerto Rico, aprisionó mis manos con las piernas mientras le ponía crema protectora. Me exigió sexo con urgencia sobre una mesa de *blackjack* en un casino de Orlando. Me leyó versos de Prévert, Thomas y otros tipos que me dejaron indiferente, y susurró canciones de Brel, cuyas palabras me pareció entender. No fue fácil despertar sin aferrarme a su condenado nombre.

Extractados de Yacaré

1 - Un largo adiós

...

El mozo se acercó al grupo de ejecutivos sentados a la larga mesa y, con movimientos rápidos, precisos, forzados por los hábitos del patrón abstemio, cambió la copa de champán por otra de agua mineral.

Don Vittorio Brunni asintió con una leve inclinación de cabeza e intentó mascullar alguna fórmula de gratitud, pero no alcanzó a abrir la boca, pues en ese preciso instante el hombre que ocupaba una silla de ruedas se inclinó hacia él y le musitó algo al oído. Entonces don Vittorio Brunni paseó sus ojos cansados por los cristales oscuros que ocultaban la ceguera de su inválido compañero.

—Me estás mirando con miedo, puedo sentirlo, no seas estúpido, Vittorio —murmuró el ciego.

Don Vittorio desvió la vista dirigiéndola a los numerosos invitados que llenaban la sala. Los ejecutivos de Marroquinerías Brunni daban la espalda a una estructura de aluminio y cristal que servía de muro lateral a la amplia sala. Dos hojas medio abiertas precisamente detrás de ellos les permitían ser los únicos en recibir algo del aire húmedo de Milán. El resto de los presentes soportaba con estoicismo la elevada temperatura que generaban las lámparas halógenas y los focos de la televisión.

—Están esperando, Vittorio —musitó el inválido.

Don Vittorio Brunni alzó la copa y miró su contenido como si buscara en las burbujas las palabras necesarias, pero lo único que encontró en ellas fue el argumento de un largo adiós definitivo que no alcanzó a pronunciar, porque de sus labios no escapó ni una sílaba, ni siquiera de alarma o de dolor. Tan sólo se llevó la mano derecha a la nuca como "para espantar un insecto inoportuno y se desplomó sobre las copas y los tramessini de salmón.

—¡Vittorio! —exclamó el ciego de la silla de ruedas, y el espeso aroma a agua de lavanda le informó de que el jefe de sus guardaespaldas lo sacaba de allí a toda velocidad.

2 - El cazador solitario

...

Giraron las aspas, el helicóptero empezó a alzarse y los arbustos quedaron como aplastados en el suelo. Contreras, sujeto al cable que lo levantaba por las axilas, sintió que sus pies se alejaban del césped.

Tal como le indicaran al piloto, el helicóptero alzó a Contreras a varios metros por encima de la torre. A una señal suya, lo acercaron hasta que sus pies tocaron de nuevo suelo firme. Contreras se liberó del cable y con un gesto ordenó al helicóptero que se alejara.

Allí estaba el cazador. Aunque se hallara sentado, con la cabeza y la espalda cubiertas con una piel de yacaré, se intuía fácilmente que no era más alto que un niño de diez años. Junto a él había una corta cerbatana, dos cuencos de barro, telarañas apelmazadas, una bola de resina y restos de pájaros y lagartijas. A su alrededor, un círculo de piedras de colores e insectos tornasolados convertía su lugar de descanso en una especie de diminuta atalaya. Allí estaba, con las piernas cruzadas y la mirada ausente, el cazador solitario. Parecía ajeno a aquellos árboles para él inútiles y a aquellos hombres capaces de desafiar la noche sin la protección de talismanes.

Contreras se acercó con cautela y dio una vuelta alrededor de aquella figura hasta detenerse frente a él. Entonces se acuclilló. Bajo la mandíbula del yacaré que cubría la cabeza del cazador vio un rostro de edad indefinida, con los pómulos adornados con tres filas de lunares rojos. Tenía los ojos abiertos, pero un barniz sin brillo nublaba sus pupilas.

El investigador alargó una mano y le tocó un hombro. Bastó para que el hombrecillo se desplomara. Contreras le puso una mano en la frente. El cazador ardía de fiebre.